



Preparativos del Centenario.

Don Juan Valera ha escrito un artículo muy elocuente—es natural—en la revista consagrada al Centenario del descubrimiento de América. El insigne literato (¡qué gusto da decir *insigne*, de veras!) se queja por adelantado de lo mal que nos va á salir la fiesta, de la indiferencia con que en general miran los españoles el solemne acontecimiento que se prepara.

En efecto; todo lo que va á hacer España por el *Centenario* va á ser... una *plancha*, donde se pueda grabar la memoria de nuestra vergüenza en tan interesante *momento histórico*.

Pero el Sr. Valera se inclina á echarles la culpa á los *cosmopolitas*, á los que están hartos de oír

hablar de Otumba, y del sol aquel trasnochador que nunca se acostaba, y de San Quintín y Juan de Juanes, y el Escorial y Zurbarán, y... pero ¡redió! ¡si la culpa la tienen Pidal y Nocedal y los *quintanólogos!*... ¿No vé usted á Nocedal en el Congreso? Estamos con el agua al cuello, se trata de reorganizar el ejército para que cueste menos, y D. Ramón nos viene con los tercios de Flandes y la Santa Hermandad, y nos propone la organización mística de la Guardia civil y la restauración de Felipe II y del palacio que había *junto al prado de San Fermín*, con otra porción de cosas dignas de inspirar á Barbieri, no en un discurso, si no en una zarzuela.

Pues ¿y Pidal? Pidal ha hecho aborrecible la casa de Austria, y á los dos Luises; á lo menos Silvela se contentó con explotar á la venerable madre de Agreda; pero D. Alejandro se ha hecho rico y personaje *cantando*... en el Congreso á Pelayo, y á seis ó siete Alfonsos, y á Melchor Cano, y al citado Juan de Juanes, y al Monasterio de las Huelgas y la Novísima Recopilación... Y ahora añada usted, D. Juan, que ni Pidal ni Nocedal saben historia, lo que se llama saberla; entre otras razones, porque la verdadera historia de España todavía no está escrita, como el Sr. Valera sabe mejor que yo. Diré, por respeto al señor Valera, que está *continuada* (pues él la continuó),

pero todavía no está empezada, ni mediada, ni nada de eso.

Esta ignorancia general, é inevitable por ahora, respecto de lo que ocurrió efectivamente en esos siglos pasados, también contribuye a enfriar á la gente, y más cuando algunos críticos de historia *pragmática* aprovechan la ocasión del Centenario para regatearle gloria á Cristóbal Colón y dejarle en paños menores.

El patriotismo *arqueológico* exige, para no ser una *frialdad*, una abstracción, ó mucha fe candorosa, ó mucha ciencia positiva. ¡La historia! ¡Bah! La historia... por de pronto no es lo mismo que *los libros* de historia, que es lo único que tenemos á la vista. Se lo decía Fausto á Wagner, como recordará el señor Valera

*Mein Freund, die Zeiten der Vergangenheit
Sind uns ein Buch mit sieben Siegeln... etc.*

La cual, para que lo entienda Nocedal, quiere decir:

«Amigo mío, los tiempos pasados son para nosotros un libro cerrado con siete sellos... Lo que llamáis el espíritu de los tiempos no es más, en el fondo, que el espíritu de esos caballeros (los historiadores), según en él se reflejan los siglos.»

Y esos *caballeros* todavía no se han puesto de

acuerdo respecto del *objetivo* del entusiasmo que se nos pide en esta ocasión.

Además, la historia de España, amén de no estar clara, va ligada casi siempre á la hipérbole, á la *rodomontade*, á la oda hinchada.

Tantas veces hemos parado el sol para que nos vieran combatir, tantas veces hemos hecho de la Providencia una vulgarísima *máquina* de poema épico imitado; de tal manera nos hemos acostumbrado á ver en las *glorias patrias* un motivo para amordazar las ideas nuevas y darse tono unos cuantos, que casi casi hemos llegado á creer algunos que *nuestros mayores* no fueron mayores más que de Pidal y otros pocos que viven y medran de eso, de alabar esas grandezas, que repito que no han estudiado como se debe.

De otro modo, que la historia de España, ó lo que haga sus veces, la han *acaparado* los mestizos y los poetas de certamen en astillero; y en cuanto uno se atreviera á dar un poco de bombo á nuestras antiguas instituciones ó al arte español de otros siglos, los maliciosos se pondrían á pensar:—Este quiere un destino en la Tabacalera, ó un distrito en Asturias... ó un *jarrón* de la Infanta Isabel.—Entusiasmarse con el siglo de oro ha llegado á ser indicio de *pidalismo*.

Además, tomando la cosa por otro lado, á unos cuantos españoles nos ha entrado el prurito de no

querer ser como Séneca, ni como Lucano, declamadores, hinchados, *resonantes*. Aquí todo poeta patriota es un Deroulède; cosa fea. La crítica, la poesía, la historia, la política patrióticas, *castizas*, han sido en España un perpetuo *boulangierismo*. Hasta para ensalzar las seguidillas manchegas nos subimos á la parra nacional y sacamos el pendón de las Navas.

Pero, en fin, lo peor todavía no es nada de eso.

Si el Centenario del descubrimiento de América no se celebra en España como se debe, es por culpa de... los *señores de la comisión*.

Los *señores de la comisión* son ahora y siempre los entrometidos, las tarascas de toda función, sea cívica ó religiosa. Son personajes que no pudiendo brillar con luz propia la piden prestada á todos los aniversarios dignos de recordación. Son predominantemente *objetivos*, y agregan su nombre á cualquier cosa que sea sonada. Si son poetas, lo son de circunstancias; si son hombres de acción, se agarran á un Centenario ardiendo para salir de la obscuridad é inmortalizarse. Ante la invasión de estos parásitos de la fama, las personas ricas por su casa, de ingenio, de méritos, se retraen.

Si el Sr. Valera es una excepción gloriosa esta vez, y valiendo lo que vale, y por pura abnegación y patriotismo verdadero se vé metido en la

que se vé, no por ello deja de ser verdad que, en general, ahora como siempre, los que manejan el cotarro, los que hacen y acontecen son los consabidos *señores de la comisión*.

Primero los del *balduque*, los de oficina, los hombres oficialmente activos é inteligentes y competentes con nómina. Después los eternos *dilettantis* de la notoriedad por tabla, de la fama en cabeza ajena.

Ejemplos ilustres hay en la historia.

Por *mucho tiempo* estuvo siendo *inmortal* el señor D. Modesto Fernández y González, que ahora se ha retirado á la vida privada.

También el Sr. Lastres figuró mucho *llevando* (y trayendo; es decir, trayendo y llevando) la representación de España en una porción de Congresos internacionales.

He olvidado el nombre de un señor que á fuerza de llamar al vino en griego se hizo una fama de vinatero cosmopolita y se bebió todo el Jerez y todo el Valdepeñas que llevamos á no recuerdo qué Exposición universal.

Reciente está el ejemplo de lo sucedido con el pobre Jovellanos.

Nadie más simpático que D. Gaspar.

Pues bien, entre Pidal y Jove y Hevia le hicieron casi aborrecible á todo asturiano bien nacido.

¡Jove y Hevia!

Es decir, *mane, thecel, phares!*

¡Jove y Hevia! ¡Ultima ratio *centenariorum!*

Jovellanos fue patriota, sabio, algo poeta, pedagogo, estadista, escritor en prosa de los mejores... mil cosas más.

Pues como si cantara... Se le erige una estatua, se le va á tributar un homenaje, etc., y llega Jove y Hevia con el sombrero de copa alta, blanco y la-deado... y ¡adios Jovellanos!... *Nocte pluit tota* Sí...

No hay duda—se aguló la fiesta,

como dicen en *Los mosqueteros grisés*.

Porque... ¿quiere saber el señor Valera en qué acabará este Centenario? En lo mismo que el *otro*. En un himno de Jove y Hevia.

Que es como sigue, ó por lo menos así empieza:

AL ILUSTRE

PRE TABACALERISTA CRISTOBAL COLÓN
PRECURSOR DE LA LENTA PERO CONTÍNUA APARICIÓN
DE LOS GÉNEROS ESTANCADOS.

Himno.

Vitor, vitor, repiten los ecos
del cerúleo Océano y demás;
de los Andes los cóncavos huecos...
¡Carrasclás, carrasclás, carrasclás!

De Colón, en Piacenza nacido
 (aunque en Génova el vulgo creyó),
 de ese faro en España encendido
 á nosotros la fama llegó.
 Y aunque digan Vidart y otros miles
 (como Duro y la Pardo Bazán)
 que se debe á los frailes sutiles
 los laureles que aun verdes están,
 rechacemos calumnias tan viles...
 ¡Rataplán, rataplán, rataplán!

Mientras haya *Foves y Hevias*... habrá poesía,
 pero no hay Centenarios posibles; créame D. Juan
 Valera.

Todo ello sin contar con que tampoco hay di-
 nero.



¿Quién descubrió á América?

No podía menos. Doña Emilia Pardo Bazán *necesitaba* tener su opinión particular en eso del descubrimiento de América. *Al efecto*, vestida de raso blanco, lo dicen los periódicos, y ceñida la rubia cabellera por cinta de oro sembrada, ó como se diga, de diamantes, se presentó en la cátedra del Ateneo, desde la cual demostró que el Nuevo Mundo lo habían descubierto, ó poco menos, los frailes franciscanos.

Menos mal que no fue el P. Muiños.

Que lo hubiera descubierto en verso.

Bueno, pues para que se sepa la verdad, tampoco fueron esos frailes descalzos, ó mal calzados, los descubridores de América.

Yo sé quién fué.

Tengo mi candidato.

Y pienso publicar un folleto en que se lea lo siguiente:

—Niño, ¿quién descubrió la América?

—Pando y Valle.

—¿Para qué?

—Para darse tono; y ser una vez más secretario.

*
* *

No ocultaré que otros opinan que los descubridores fueron los reformistas, para dar pretexto al ministerio de Ultramar con sus nóminas y vanidades.

Y por último, otra opinión muy autorizada atribuye la *invención del Nuevo Mundo* al señor marqués de Comillas, que tenía el propósito de crear la Traslántica, y por eso...

Lo que parece demostrado es que Cristobal Colón, el *mal llamado* genovés, no tuvo arte ni parte en el tal descubrimiento, y que, *lejos* de descubrir eso, fue hombre que le tenía mucho asco al agua, y no sólo no atravesó el Océano, sino que está probado que no se lavaba siquiera. Toda la leyenda *colombina* nace de que hubo quien dice que le vió dar unas vueltas en un bote por el estanque

del Retiro. Y no era él, era uno que se le parecía mucho.

En resumidas cuentas, á Colón no le queda más gloria que la del huevo.

Y aun ese no fue pasado por agua.

Fue un huevo crudo, único, quodlibético, como si dijéramos.

Y á propósito de quodlibético, palabreja que doña Emilia quiere poner en moda, aprovechando los Quodlibetos de Carvajal; admitamos lo *quodlibético*... pero con una condición... la de retirar lo *medioeval*.

*
* *

El que va á ponerse en ridículo es Castelar, que va á publicar en inglés y en español un libro en que se entusiasma con el mérito del pobre Cristobal... Pólvora en salvas. Las *memorias* de Colón, sus visiones, sus poéticos anhelos... música, música. ¡Castelar *cantando* el alma del gran aventurero... *prosa ligera!*

Cristobal Colón, Castelar... ¡comparen ustedes eso con cualquiera de las secciones del Ateneo ó con los pelos rubios y la erudición franciscana y quodlibética de doña Emilia!

*
* *

En fin, quedemos en algo: en que Colón no fue más que un ganadero en grande, el fundador de los Veraguas, toros de muchas libras... bueno. Pero, en tal caso, que pase de él y de nosotros el caliz de las odas y demás documentos *jarronables*, quiero decir, dignos de ser premiados con jarrones en los incruentos certámenes poéticos.

Ya que el Ateneo le ha puesto la proa á Colón y le ha llamado á desaparecer, húndase también con él la forma poética, no menos llamada.

Más diré: yo, con tal de que no repitan más el *Pirene* ni el *Moncayo* el nombre de Pando y Valle, consiento que se hunda el Nuevo Continente en las procelosas olas...

Con él se hundirá la lira de Calcaño, y eso irán ganando *La Ilustración Española y Americana* y la *vieja* Europa.



Colón y Compañía.

De Colón nada malo tengo que decir; pero de la Compañía, francamente, va uno estando harto.

Y no me refiero á los Pinzones ni á las *calaberas*, como las llamaba un orador del Ateneo. Me refiero á los eruditos de Centenario en ristre, á los parásitos de la celebridad.

Fíjense ustedes, por ejemplo, en D. Hermógenes Panchampla, sabio de real orden, profesor de todas las doctrinas herméticas de la futilidad. Parece un hombre modesto mientras *no hace siglos de nada*; esto es, mientras no llega el día en que puede decirse: «Hoy hace tantos siglos empezó á llover y no lo dejó en cuarenta días, de modo que aquello fué el diluvio;» ó bien: «Hace hoy quinientos mil años dió á luz la reina Maricastañas un robusto príncipe, que fue más adelante el

rey que rabió;» pero, amigo, en llegando esta ocasión, la de un Centenario,

Un volcán, un Etna hecho,

un Etna de actividad y de sabiduría, nuestro erudito, excediéndose á sí mismo y á Dios padre, empieza á vomitar datos alusivos al glorioso acontecimiento de marras, y no lo deja hasta que le dan una gran cruz ó una rosa de oro en un certamen público y notorio.

Y no hablo al sabor de la boca. Panchampla, hasta que vino *lo* de Calderón de la Barca, estaba agazapado en su destino cobrando como un bendito y sin decir: "*Yo soy Merlin, aquel que las historias...*" pero en cuanto se tocó á hablar del *Mágico prodigioso* y demás, nuestro hombre, ó por lo menos, nuestro D. Hermógenes, empezó á moverse y á fatigar los tórculos de todas las prensas y á demostrar que Calderón había sido y no sido al mismo tiempo, y que aunque parecía que había nacido en tal parte, no era verdad, si bien no dejaba de serlo, porque él había encontrado (¡suerte feliz!) cinco ó seis *feses* de bautismo en diferentes parroquias de diferentes pueblos. En cuanto á la originalidad de las obras de Calderón, no la ponía D. Hermógenes en duda, si bien podía demostrar que la *Vida es sueño* en un principio no se llamaba así, si no la *Vida es un soplo*,

y en su primitiva forma era una tonadilla, no escrita precisamente por D. Pedro Calderón, sino por un su tío, del mismo nombre.

Y por esta coincidencia onomástica se había creído lo que se ha creído, hasta que, gracias á Dios, llegaba él, D. Hermógenes, después de los años mil (porque no había estado en sus manos nacer antes), á poner las cosas en su punto, merced á un manuscrito que tenía en casa y que había heredado, por rigurosa agnación, de un tataranieta del tío de Calderón de la Barca, que había hecho oposición á una prebenda de Calahorra en compañía de un sobrino del *auctor* ó ascendiente agnado de quien D. Hermógenes heredaba... y por eso. Total, que de resultas del Centenario de Calderón á Panchampla le dieron cinco mil quinientos reales por una *Memoria* de que ya nadie se acuerda, y doscientos ejemplares de la obrita, que vendió al peso muy ricamente.

Volvió á callar D. Hermógenes, sabio, modesto, futil, hasta que vino *lo* de Colón y volvió á picarle la mosca erudita de los Centenarios.

¿Qué creen ustedes que fue lo primero que hizo Panchampla en cuanto vió que se acercaba el año 92? Encargar algo. Bueno, ¿pero qué? ¿Una carabela?

No, señor; un traje negro, porque el de hacer oposiciones ya le tenía destrozado *con motivo* del

Centenario de Calderón y las idas y venidas. Encargó un traje negro, de levita, y una camisa fina con cuello á la moda; y ¡hasta se afeitó! ¿Para qué? ¿Para retratarse! ¿Y para qué se retrató? ¡Paciencia! Ello fue que pidió al fotógrafo, una *celebridad*, que acercara mucho la máquina, que saliera un D. Hermógenes grande, como lo merecía la posteridad, y exigió que se le viera todo, menos los pies (que los tiene muy grandes de tanto escribir *notas*). Recogió su retrato, reluciente, de hermosa entonación, y lo metió en el baul, no sin antes mirarse al espejo y comparar y decirse: «No sabía yo que era tan guapo, así, bien vestido y definitivamente afeitado.»

Desde entonces, D. Hermógenes no hizo más que desenterrar documentos *colombinos* y otros accesorios; es decir, que de lejos ó de cerca tuvieran algo que ver con el descubrimiento de América.

Acto continuo procuró ponerse en buenas relaciones con una casa editorial, de esas ricas, que publican periódicos semanales con monos y notabilidades europeas, vistas de Constantinopla, ó lo que salga. D. Hermógenes se encargó de *ilustrar* las ilustraciones; es decir, de poner comentarios muy sabios á los grabados y facsímiles alusivos al descubrimiento. Lo primero que salió á luz fue una carta autógrafa de Colón, casi ilegible, con

muy mala ortografía y peor intención, porque su objeto era pedir dinero prestado á un amigo. En el comentario de este autógrafa, D. Hermógenes decía: «No es de estrañar este rasgo de Cristobal (le llamaba de tú), porque ya dice el refrán: «genio y figura...» y sabido es que, dicho sea sin ánimo de ofender al ilustre navegante, Colón descubrió probablemente, el Nuevo Mundo; pero lo descubrió... *de gorra*.» Después D. Hermógenes entregó al buril, como él dice, tres facsímiles de varias papeletas de empeño, cuya prenda eran una porción de negritos de que Colón tuvo que deshacerse para pagar una letra á la vista. En el número siguiente, Planchampla publicó la *vera efigies* de los greñescos que usaba un cierto Pinzón de Ginzo de Limia, que se creyó mucho tiempo que era pariente por parte de padre de los otros Pinzones, y que resultó luego que no lo era, ni era de Ginzo, ni Pinzón, sino Pinzales, y eso tuerto.

Después vinieron *retratos* hipotéticos de las joyas que Doña Isabel regaló á Colón para que descubriera lo que fuere servido... Y, por último, y ya impaciente, en un número extraordinario, don Hermógenes, en la primera plana de su ilustración, llenándola toda... *¡se dió á luz á sí mismo!*

Es decir, publicó su retrato, el del baul, poniendo debajo:

«Ilmo. Sr. D. Hermógenes Panchampla, opositor

á cátedras, jefe casi superior de Administración, premiado con rosa de oro en el Centenario de Calderón, y candidato á la primera plaza de Académico de la Historia que vaque.» Y *se* publicaba como documento colombino.

¡Había que verle, en aquella blancura del papel satinado; limpio, sonriente, con cara de genio comprendido á medias, mirando vagamente á la inmensidad, como quien contempla los arcanos del pasado y del porvenir!...

En la segunda hoja, y en tamaño así como la mitad del retrato de Panchampla, *salía* un busto borroso con esta leyenda: «Cristobal Colón, almirante, presunto descubridor de las Indias occidentales, que él tomó por las otras.»

La moraleja de esto que no *es cuento propio*, sino historia ajena, consiste en lo siguiente:

—¡Padre nuestro que estás en los cielos! si has de consentir que á la sombra de los grandes hombres medren y se den tono tantos majaderos... no cries en adelante más que honradas medianías, sin Centenario posible.

Para ver lo que estamos viendo *por culpa* del Centenario de Colón, más vale decir:

«¿Colón dió un mundo á España?

Bueno; pues devolvérselo.»



LA MUINEIRA

RAPSODIA I

Canta, diosa, del *agustinoide* Muiños la cólera desastrosa, que abrumó con males infinitos á toda la Orden y precipitó en el Tártaro de lo ridículo sublime la vanidad de varios frailes confabulados para hacerse inmortales á costa de los méritos de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién le arrojó en esta desesperación? No fue ningún dios, sino casi casi un pobre diablo, el humilde *Clarín*, que no se hace jamás de miel, para evitar que le coman las moscas de la baja crítica. No se queja el P. Muiños de que le hayan arrebatado á ninguna Kriseya, como no llamemos así á la pícara vanagoria con quien vivía en punible y dañado ayuntamiento; quéjase porque el que suscribe (y perdónese